

Editorial N° 48

Nuevas interrogantes y exploraciones críticas sobre los fenómenos socio-comunicacionales

El domingo 17 de diciembre la sociedad chilena rechazó una segunda propuesta de Carta Magna. El documento, redactado por un consejo constitucional conformado, principalmente, por representantes de partidos políticos de extrema derecha, fue descartado por una ciudadanía que, hace cuatro años atrás, creía y apoyaba un cambio constitucional. Al igual que la propuesta de la primera convención constitucional, el resultado de este nuevo proceso no logró sincronizar los diferentes imaginarios y acuerdos mínimos que se propusieron algunos líderes políticos a partir del “Acuerdo Por la Paz Social y la Nueva Constitución” firmado el 15 de noviembre de 2019. Por el contrario, las demandas sociales y las expectativas biográficas de las y los chilenos desbordaron las propuestas político-institucionales.

Sumando el ya olvidado intento de la presidenta Michelle Bachelet por crear una nueva constitución en 2018, la historia recordará estos años, probablemente, por elaborar ensayos constitucionales descartables. Las últimas dos propuestas significaron un vaivén irreconciliable de ideales culturales, políticos y sociales para el país. Entre una y otra se trazaron diferencias sustantivas sobre cómo organizar el conjunto social o, dicho en otras palabras, de definir la(s) forma(s) de vivir juntos. La deliberación política fue extensa y no sólo demostró lo complejo que resulta gestionar la esfera pública, sino que también parece haber propiciado una fatiga ciudadana creciente sobre el llamado momento constitucional. Los acuerdos aparentemente transversales del pasado reciente no se desplegaron sobre la mesa y las voces de los “extras de la historia” fueron descartadas por una élite política indiferente que, más bien, capturó el proceso: Las esperanzas de los anónimos cumplieron un rol secundario. Si bien sus/nuestros votos seleccionaron los representantes de ambos procesos, estos últimos reforzaron que somos aún un pueblo sin nombre. Pero un pueblo que, a pesar de su despojo discursivo,

concurrió cívicamente a cumplir su derecho democrático a expresarse sobre cada propuesta constitucional. Y lo hizo con contundencia. Y, creemos, lo seguirá haciendo en el futuro.

En estos cuatro años durante los cuales se ha desplegado el proceso constituyente, *Comunicación y Medios* fue un atento observador. En cada editorial evidenciamos los dilemas y desafíos de un Chile que abandonaba una perplejidad suspendida desde septiembre de 1973 y que asumía un rol protagónico en/de su historia. Ya en la editorial del número 40 —coincidente con la llegada del actual equipo editorial— la revuelta social de octubre de 2019 se tematizó como un acontecimiento social derivado de demandas sociales históricas —ecológicas, feministas, indígenas, laborales— y que situaba exigencias revolucionarias inéditas. Ahí señalábamos que, desde ese día, el país había establecido nuevos horizontes comunes y que, como tal, esto generaría un escenario con efectos expansivos para las comunicaciones, la cultura, el mundo audiovisual y, evidentemente, para el periodismo. Cuatro años después, constatar estas intuiciones es evidente. Junto con señalar las fortalezas y debilidades del proceso —así como también las frustraciones y esperanzas—, durante estos ocho números la revista ha publicado artículos e investigaciones que han explorado diversas facetas del estallido-revuelta social y las consecuencias sociales y políticas surgidas a partir de ella. Como equipo editorial hemos constatado que, a pesar de los fracasos de los proyectos constitucionales, Chile cambió. No hay investigación en el país que no integre como matriz contextual los fenómenos e interrogantes históricos surgidos en estos años y que no se proponga elaborar nuevos caminos de acción social. Es más, ya son una constante indiscutible que comparte anhelos sociales siempre en potencia y que se piensan desde diversas latitudes del mundo.

A pesar de este segundo rechazo de un proyecto constitucional, no es posible descartar la caída del proyecto constituyente. Si bien las élites buscan cerrar este histórico capítulo, la sociedad chilena mantiene una expectativa de cambios sociales. Aun cuando algunos pueden advertir la desmovilización o desmotivación que gatilló el rol de la convención y del consejo constituyente, no es claro el agotamiento de los sueños por un Chile distinto, más acogedor. Conjugando las expectativas del corto y mediano plazo parecen ser uno de los principales pro-

blemas del presente. Así como la arquitectura debe cambiar y readecuar los planos de una obra según las condiciones contextuales y territoriales, el sistema político también deberá avanzar en esbozar nuevos mapas y territorios subjetivos. De eso se trata la política: de fabricar proyectos de sociedad a partir de los anhelos sensibles y materiales de la ciudadanía. Esto significa que la investigación y reflexión académica debe seguir estableciendo nuevas interrogantes y exploraciones críticas sobre los fenómenos sociales y comunicacionales. Indagar la desinformación y el rol de los medios de comunicación en promover —o no— la desafección política son ejemplos de aquello. Lo mismo puede decirse del papel del cine y el arte en general: sus obras deben perseverar en descuadrar los marcos hegemónicos y establecer interrogantes incómodas a los sentidos comunes y alcanzar más y nuevos públicos. Reforzar aquello es la misión presente y futura de *Comunicación y Medios*.

Este nuevo número es un ejemplo de aquello. Compuesto exclusivamente por artículos misceláneos y con un marcado carácter interdisciplinario, los estudios publicados abordan, entre otros temas, el rol de los medios de comunicación en los movimientos sociales en Chile y el papel que han jugado escritoras como María Luisa Bombal y cineastas como Raúl Ruiz en pensar la trayectoria política y cultural de nuestras sociedades. También se incluyen investigaciones sobre las representaciones e imaginarios sociales del abuso de poder en telenovelas nocturnas chilenas y cómo la publicidad sobre el vino ha reforzado estereotipos de género en las últimas décadas. La discusión sobre las nuevas lógicas del gusto cultural en América Latina y los encuadres de la guerra de Ucrania en medios digitales argentinos complementan los estudios anteriores. En suma, estos artículos buscan procesar problemas del ayer para situar las preguntas del presente y definir las acciones del futuro. En esa dirección se inscriben los dos documentos incluidos en el número: el primero discute sobre la alfabetización de la memoria y la función que la ficción cumple en reforzar u ocultar diferencias étnicas, sociales y económicas a partir de la reflexión informada tanto por la teoría como por la práctica de guionista y *showrunner* portugués, Pedro Lopes; y, el segundo, el discurso de José Miguel Labrín —director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile— en el marco de los 70 años desde la creación de la carrera de periodismo. Ambos documentos contri-

buyen a reflexionar contemporáneamente acerca de las gramáticas de la verdad y el poder.

Este número 48 cierra un año complejo, pero muy significativo para Chile. Este 2023 será recordado por la conmemoración de los cincuenta años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. A los actos y ceremonias organizadas por el gobierno se sumaron cientos de voces por la memoria. No sólo se publicaron libros y documentos inéditos sobre el Golpe y su impacto en el presente —en las subjetividades y sensibilidades de cada una/o de las/os chilenas/os—, sino también circularon películas, documentales y series de televisión que tematizaron los fragmentos, residuos y metáforas de aquel acontecimiento. Un ejemplo de ellos fue la serie *Los mil días de Allende* (TVN) de Nicolás Acuña, profesor de nuestra Facultad. En sus cuatro capítulos describe la trayectoria del gobierno de Salvador Allende, enfocándose en los sucesos políticos, hechos históricos y fragmentos biográficos más importantes de esos años. También surgieron películas polémicas que, seguramente —y con la distancia crítica necesaria—, abrirán nuevos debates y reflexiones estético-políticas para pensar las representaciones futuras del dictador: tal es el caso de *El Conde* (Fábula), filme dirigido por Pablo Larraín. En su conjunto, este año será recordado por resituar problemas históricos de justicia, confeccionar nuevos símbolos y convocar voces en resistencia al negacionismo y desmemoria de ciertos grupos sociales y políticos que buscan imponerse con la mentira.

Un gesto de resistencia en esa dirección fue, sin duda, la inauguración de los Juegos Panamericanos celebrados este 2023 en Chile: en uno de los momentos más emotivos del acto, la nadadora nacional Kristel Köbrich apareció —en primer plano— con la llama panamericana por la Escotilla N° 8 del Estadio Nacional, lugar reconocido por ser el memorial a los detenidos desaparecidos de la dictadura de Pinochet. En la transmisión televisada a todo el mundo, la frase “Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro” marcó un hito clave para resguardar la justicia y la memoria de Chile. Este inicio fue un símbolo sensible que dio paso a un evento exitoso y cargado de triunfos y alegrías para el país. Pero, sobre todo, fue un paréntesis para la celebración, el encuentro y la convivencia con deportistas y ciudadanas/os de distintas latitudes de América: Esta fue una fiesta del deporte, pero también del reencuentro, de volver a pensar nuestra vida en común.

Esto último es nuestro gran desafío democrático. Según el último informe de Latinobarómetro —titulado *La recesión democrática en América Latina*—, la valoración a la democracia en América Latina desciende en forma preocupante: según la encuesta, solo el 48% de los latinoamericanos apoya la democracia como régimen político (en la misma encuesta de 2010, ese valor fue de un 63%). Sumado a ello, se vislumbra un mayor apoyo a los gobiernos autoritarios y populistas, ya que se cree que estos resuelven problemas cotidianos como la delincuencia y/o la violencia urbana. Si bien “la democracia no está en peligro en Chile” —como afirma Marta Lagos, directora de Latinobarómetro—, la amenaza siempre está presente. En efecto, las cifras señalan una desaprobación mayoritaria al sistema político en el país: un 43% de las/os encuestados/as afirma que la democracia podría funcionar sin formaciones políticas y ocho de cada diez chilenas/os está insatisfecha/o con el funcionamiento de los partidos políticos. La creciente desigualdad, la persistente crisis económica, el aumento de la pobreza, el constante riesgo de violencia, la ineficiencia de los Estados en diseñar e implementar políticas públicas eficaces y la sensación de corrupción e injusticia permanente son, entre otras variables contextuales, explicaciones al fenómeno de desafección política.

En su libro *El nuevo régimen de las desigualdades solitarias*, el sociólogo francés François Dubet (2023) analiza cómo la desigualdad y la injusticia social se sufre como un problema individual. Si durante la historia de la modernidad la lucha de clases movilizó los procesos revolucionarios de cambio, en el presente estos marcos teórico-políticos han dado paso a nuevas formas de lucha y resistencia que no se circunscriben exclusivamente contra el 1% de la población. Por el contrario, las desigualdades que surcan la vida social común o, como señala el autor, las “pequeñas” desigualdades que fragmentan el mundo del 99 o 95% de los individuos, se sitúan como la gran lucha y angustia del conjunto social. Hoy las experiencias singulares o individualizadas de desigualdad son la nueva forma de percibir la injusticia. A estas vivencias Dubet (2023) las denomina “el régimen de las desigualdades múltiples”: en este régimen

cada individuo se siente desigual en función de las desigualdades que lo surcan. Las desigualdades se

difractan en una multitud de dimensiones no necesariamente congruentes entre sí: los ingresos, el trabajo, la precariedad, el sexo, la edad, el origen, los lugares donde se vive, las trayectorias... Todas estas desigualdades se aglutinan en cada uno de nosotros de manera más o menos coherentes y siempre singular (p.15).

La falta de reconocimiento de estas desigualdades múltiples por parte del sistema político promueve los populismos y autoritarismos y, potencialmente, la crisis de la democracia. Las protestas violentas y sin demandas comunes —expresiones coléricas que buscan explicitar “mi” desigualdad—, mellan la posibilidad de crear nuevos imaginarios de solidaridad. Pero, sobre todo, aumentan la desconfianza en que la democracia pueda dar respuesta a estas demandas. Y eso es, justamente, un *riesgo real* para la sociedad en su conjunto.

La amenaza a la democracia es una preocupación de *Comunicación y Medios*. No se puede construir una sociedad deliberativa y participativa sin un sistema político que logre enfrentar los desafíos del presente y establecer los caminos del futuro. Como revista académica comprometida con su tiempo y sociedad, nos exige estar atentos a las reflexiones críticas y rigurosas que, desde las comunicaciones, los medios en su más amplio sentido, la cultura y el periodismo, intentan comprender los fenómenos sociales, políticos y culturales de la sociedad contemporánea. Este nuevo número y los próximos esperan continuar con esta tarea incansable para Chile y América Latina.

Tomás Peters

Editor General

Claudia Lagos Lira

Editora

Referencias

- Dubet, F. (2023). *El nuevo régimen de las desigualdades solitarias. Qué hacer cuando la injusticia social se sufre como un problema individual*. Siglo XXI.